

De la Cadena, Marisol, y Orin Starn (eds.): *Indigeneidades contemporáneas. Cultura, política y globalización*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2010. 444 pp. ISBN 978-9972-51-259-9. (Lecturas Contemporáneas, 13) Precio: S/. 60.00.

Editar un libro sobre una temática tan compleja como la “indigeneidad contemporánea” o, como sugiere más expresamente el título inglés, la experiencia de ser, de vivir indígena actualmente, es una tarea titánica y requiere de antropólogos de mucha experiencia y calidad. Marisol de la Cadena y Orin Starn, dos antropólogos con una larga historia de méritos en el campo de la antropología, cumplen con este perfil. Lo que hay que comprobar es que si la complejidad de la temática por un lado, y la capacidad científica de los dos y de los numerosos autores del compendio por el otro, lograron una síntesis adecuada.

¿Qué se suele asociar con el término “indigeneidad”? Frecuentemente se lo relaciona con: un territorio que se reclama como propio; el reclamo de ser población originaria que se diferencia de población inmigrante – generalmente conquistadora –; ciertas tradiciones culturales que pueden incluir una lengua propia; con un estilo de vida rural (aunque cada vez más personas autoidentificadas como indígenas viven parcial o totalmente en ciudades); y una síntesis lograda entre humanos y manejo sostenible del medio ambiente. Estos conceptos, dependiendo del contexto, en su totalidad o en parte, constituyen los fundamentos de los diferentes reclamos de ser “indígena”, estatus que se transforma en reclamos políticos por soberanía, autonomía, o por lo menos en derechos específicos no otorgados a los no indígenas.

Estas pocas palabras ya demarcan toda la problemática y complejidad de la indigeneidad. En “Indigeneidades contemporáneas” se nos presenta esta complejidad en cinco temas mayores con 3 capítulos para cada tema, redactados por 15 autores.

Los editores esbozan la temática en una introducción donde conceptualizan el marco de los 5 temas. Rechazan visiones estáticas y autoevidentes de indigeneidad, a favor de procesos y de la idea que indigeneidad sólo puede constituirse contrastándose con lo no indígena; declaran: “Compartimos una visión de mezcla, eclecticismo y dinamismo como la esencia de la indigeneidad, y ello en oposición de las visiones de colapso o ‘corrupción’, a partir de algún tipo de estado original de pureza. Un hilo conductor es nuestro deseo de historiar la indigeneidad con el fin de exponer la inexistencia de cualquier tipo de límites ‘naturales’ preestablecidos” (11).

Al lector que es familiar con la discusión sobre grupos étnicos y etnicidad a partir de 1960, no le escapará la afinidad de la cita con la posición “formal” de aquella, que igualmente percibe un grupo étnico en relación y delimitación a otro grupo. Por ello, se espera al menos una delimitación entre indigeneidad y etnicidad, la cual los autores prometen con el título “¿La indigeneidad más allá de la etnicidad?” (19). Lamentablemente, ni en este subcapítulo ni en ninguna otra parte, alguno de los autores se encarga del tema, dejando de lado una discusión de varias décadas que hubiera enriquecido enormemente el material presentado.

En el primer tema, “Viejas y nuevas identidades indígenas”, donde Anna Tsing escribe sobre “Identidades indígenas, nuevas y antiguas voces indígenas”, Emily T. Yeh sobre “Indigeneidad tibetana: traducciones, semejanzas y acogida”, y Claudia Briones sobre: “‘Nuestra lucha recién comienza’: experiencias de pertenencia y de formaciones mapuches del yo”, el capítulo de Tsing abarca mejor la temática. Su caso particular es Indonesia, una nación que no fue creada por colonos blancos y que por ende a primera vista no debería contener indígenas. Sin embargo, ya durante la época colonial, los holandeses concedieron a ciertos grupos culturales/tradicionales derechos consuetudinarios con el argumento que el Islam, religión dominante en Indonesia desde antes de la llegada de los holandeses, era una religión extranjera que no debería definir la vida de los grupos indígenas. El concepto en Indonesia para estos grupos es *masyarakat adat*, que se traduce como “sociedades tradicionales”. El nacionalismo indonesio sostiene que en Indonesia no hay pueblos indígenas, sostiene la doctrina de “los muchos en uno” y proclama a todas las comunidades culturales como iguales y parte de esta nación única. Sin embargo, durante las últimas décadas, siguiendo la corriente del movimiento indígena internacional, comunidades de Indonesia se han adherido a este movimiento; generalmente son comunidades que ven amenazadas sus tierras y recursos por la expansión empresarial y del estado.

Con ello, Tsing ha esbozado la problemática de la indigeneidad de hoy: la primordialidad, tierra, medio ambiente, la soberanía, el contexto nacional e internacional. En este contexto desarrolla la historia del movimiento internacional de la indigeneidad y la relación con la situación en Indonesia. Allí, los grupos *masyarakat adat* deben escoger entre el movimiento indígena (inter) nacional o el Estado y su aparato de desarrollo nacional. La autora concluye que: “Puesto de esta manera, es evidente que la elección es una de alianza antes que de identidad intrínseca. Sin embargo, esto nos devuelve al Estado-nación: las condiciones para la colaboración tienen mucho que ver con los perfiles nacionales del discurso sobre la ‘indigeneidad’. Esto es particularmente evidente en los casos en los que las élites nacionales afirman su indigeneidad” (71).

El capítulo de Tsing es una excelente conceptualización sobre la problemática de “viejas y nuevas identidades indígenas”, con un énfasis en los efectos y las oportunidades que emanan de los lazos transnacionales que se han establecidos en las últimas décadas. En cambio, los otros dos artículos del primer tema, aunque cada uno arroja nuevas luces sobre la temática específica que trata (indigeneidad tibetana y pertenencia/identidad Mapuche), no se inscriben en temáticas más amplias que permitan sacar conclusiones más generales.

El segundo tema, “El territorio y la cuestión de la soberanía”, cuenta con contribuciones de Francesca Merlan sobre “La indigeneidad como identidad relacional: la construcción de los derechos sobre la tierra en Australia”, de Valerie Lambert acerca de “La soberanía tribal chictaw a comienzos del siglo XXI” y de Michael F. Brown acerca “Traiciones de la soberanía”.

El capítulo sobre la identidad en Australia trata de la relación entre la tierra y el ser indígena, siendo en este caso la consubstancialidad de tierra e indígena algo nuevo y además conflictivo por el hecho de que grandes grupos indígenas viven en ciudades. Merlan brinda un buen resumen de este proceso.

Lambert trata el tema de la soberanía tribal en EEUU con el caso específico de los choctaw y los problemas que pueden surgir de ello entre el Estado Federal (Oklahoma) y la tribu, pero también dentro de la tribu.

El tema de Brown son las traiciones de la soberanía; ya el título deja percibir la problemática atada a este concepto. Soberanía, en el área político, está relacionada con autonomía e independencia, razón por la cual el término aparece raras veces en documentos de las Naciones Unidas u otras organizaciones internacionales. Éstas suelen utilizar más bien el término “libre determinación”. El autor resume el desarrollo del concepto soberanía en el movimiento indígena internacional y la utilidad que éste ha tenido en la lucha por aquello que los indígenas reclaman ser sus derechos. También nos familiariza con los problemas que cierta soberanía puede traer para los mismos pueblos indígenas y para otros, afectados por la soberanía. Así, soberanía está atada a tierra, lo que mete una cuña entre los indígenas que viven en el campo y aquellos que habitan en la ciudad o inclusive, que hayan migrado a otros países. O también el hecho que hay grupos indígenas que no conceden derechos iguales a hombres y mujeres o todavía otros grupos que viven de la extracción de recursos, con todos los problemas ambientales y de sostenibilidad económica que ello conlleva. Finalmente, la mera idea de soberanía se hace extremadamente más difícil en contextos donde varios grupos ocupan el mismo espacio, como suele ocurrir en muchos lugares de Latinoamérica o de África. Brown resume: “Cualquier enfoque que surja como una alternativa a la soberanía en el discurso de los derechos indígenas, para ser convincente, debe proponer argumentos que apoyen la autogobernanza, la libertad de religión y el derecho a beneficiarse directamente de la utilización de recursos culturales o naturales locales” (209).

El tercer tema, “La indigeneidad más allá de las fronteras” contiene contribuciones de James Clifford acerca de “Diversidad de experiencias indígenas: diásporas, tierras natales y soberanías”, Louisa Schein sobre “Los medios de comunicación diaspóricos y las formulaciones hmong/miao sobre el ser nativo y el desplazamiento” y Michelle Bigenho sobre “La indigeneidad boliviana en el Japón: la performance de la música folclorizada”.

Clifford es quién más focaliza el tema, con una descripción y conceptualización de situaciones de diáspora, donde una parte de un grupo indígena se ha desplazado a otros destinos, a veces ya hace muchos años. Los que viven en la diáspora se relacionan en su imaginación a una tierra original, aunque a veces no la visitan y en casos extremos no tienen acceso a ella. Pero esta relación suele ser pragmática, en que la pertenencia sentida es al contexto en que se vive (la diáspora) y también a la “tierra de origen”, donde ambas pertenencias se interpenetran y se hacen valer más en una u otra dirección dependien-

do del contexto en el cual se manifiestan. El autor concluye que: “... las experiencias indígenas históricas son estratificadas y fundamentalmente relacionales, y que las afirmaciones absolutas en términos étnicos o raciales minimizan la realidad vivida e impiden posibilidades fundamentales” (240).

Los otros dos capítulos de esta tercera parte se enfocan en la producción de material audiovisual con temas folclóricos entre los hmong/miao – un grupo desplazado durante la guerra de Laos a Tailandia – que migraron a EEUU, y la relación entre ellos y sus parientes en Asia; así como de conjuntos bolivianos que tocan música folclórica en Japón. El caso de hmong/miao ilustra de alguna forma un claro fenómeno de dominación cultural de los hmong/miao en EEUU sobre sus parientes en Asia. El caso de músicos bolivianos en Japón no es ilustrativo, ni para la intensa discusión de indigeneidad dentro de Bolivia ni para Bolivianos aymaras, quechuas o de otros grupos en el extranjero.

Sobre indigeneidad más allá de las fronteras, grupos migrantes, etc. existe una literatura extensa y rica debida a la investigación intensa acerca del tema; en vista de ello es lamentable que este tercer tema no tenga capítulos más representativos y tampoco se haya tomado en cuenta la literatura existente.

Las contribuciones más sustanciales en relación a su tema las encontramos en la cuarta parte del libro: “La delimitación política de la indigeneidad”. Amita Baviskar escribe sobre “Indigeneidades indias: los compromisos adivasi con el nacionalismo hindú en la India”, Francis B. Nyamnjoh sobre “Círculos siempre decrecientes: las paradojas de la pertenencia en Botswana” y Linda Tuhiwai Smith sobre “Lo nativo y el Down Under neoliberal: neoliberalismo y las autenticidades en peligro”.

Los tres capítulos ilustran, desde diferentes perspectivas, la relación “indigeneidad–política” y lo hacen de una manera convincente, revelando la compleja problemática que le es inherente. En el caso de la India, *adivasi* era una adscripción externa para grupos “atrasados”, excluidos, que debido a un proceso de legislación nacional e internacional y la lucha por la autorepresentación, ha adquirido vida propia. El capítulo describe las alianzas políticas de una parte de los *adivasi* con movimientos hindúes en contra de población musulmán y cristiana, como una de las estrategias en su lucha por más libertad y un mundo mejor. El caso de Nueva Zelanda es interesante porque describe el proceso de cómo los maoríes aprovechaban las oportunidades que se les abría a través de la política neoliberal, a partir de 1982 para influir en la legislación educativa del país.

El capítulo que sobresale es el de las paradojas de pertenencia en Botswana. Nyamnjoh constata: “África ofrece ejemplos fascinantes sobre cómo el término indígena ha sido arbitrariamente empleado al servicio de las fuerzas colonizadoras, de la forma en que los pueblos han recurrido a la indigeneidad en sus luchas contra el colonialismo, y de cómo los grupos que se disputaban los recursos y el poder entre ellos mismos han desplegado demandas contrapuestas a la indigeneidad en su mutua relación” (337). Y se nos presenta un ejemplo fascinante. En Botswana,

son los grupos khoesan los históricamente más autóctonos. Sin embargo, actualmente son el inglés y el setswana las lenguas oficiales, mientras las lenguas khoesan ni siquiera se enseña en aquellas escuelas donde los khoesan son mayoría. Los setswana, aunque históricamente el último grupo de invasores antes de los europeos, lograron esta dominación durante el proceso colonial europeo por la alianza que podían establecer con estos últimos. En suma, fueron los tswana que lograron legitimar su versión de autenticidad sobre los demás grupos. Esto lleva a que los miembros de los grupos tswana consideran a los demás como menos auténticos, menos indígenas y por ende ponen en duda su legitimidad de ser ciudadanos completos. En las palabras de Nyamnjoh: “La indigeneidad es una cuestión de poder y grado, incluso para los nacionales de un mismo país, en la medida que se ven selectivamente empujados a reclamar la liberación o a justificar la exclusión” (351). Debido a los problemas descritos, Nyamnjoh reclama una “indigeneidad flexible”, donde comunidades e individuos negocien la inclusión y exclusión, con pertenencia flexible.

Finalmente, en la quinta parte sobre “La autorepresentación indígena, los colaboradores no indígenas y la política del conocimiento” hay contribuciones de Julie Cruikshank sobre “Glaciares que se derriten e historias emergentes en las montañas de San Elías”, de Paul Chaat Smith sobre “La terrible cercanía de los lugares distantes: haciendo historia en el Museo Nacional de los Indios Americanos” y de Mary Louise Pratt un “Epílogo: la indigeneidad hoy”.

El capítulo de Cruikshank trata de la narrativa del conocimiento local y la problemática entre el ambientalismo y los pueblos indígenas, relacionándose así con el tema. Sin embargo, hay que resaltar el capítulo de Paul Chaat Smith que va directamente al corazón de la compleja temática de la autorepresentación. Él ilustra de manera comprometida cómo se puede construir la autorepresentación sin dejarse arrastrar por la vía fácil de los estereotipos estéticos, narrativos o de otra índole. Él nos presenta y nos hace sentir esta historia compleja y difícil con el ejemplo de la creación del Museo Nacional de los Indios Americanos, de la cual fue uno de los protagonistas. Smith es un excelente analítico y narrador. Se pregunta entre otros: ¿qué historia contamos? ¿Quiénes son la autoridad para contarla? Claro, los nativos ¿pero quiénes son? Y muchas otras preguntas más. Consta: “El conocimiento, la sabiduría, la cultura y la historia no vienen de manera estándar con cualquier territorio particular o con cualquier ADN específico” (425). Del capítulo de Smith se puede aprender que la historia se tiene que construir, y asimismo, cuán difícil es esta tarea, pero también, cuán necesaria es para los protagonistas (indígenas, blancos y otros), y el resto del mundo que fue y es afectado de esta historia en mayor o menor grado, muchas veces sin saberlo.

El epílogo de Pratt en realidad no pertenece al tema de la autorepresentación sino es un intento de síntesis de los 14 capítulos anteriores. Pratt estructura su contribución según los temas que constituyen indigeneidad: precedencia (los indígenas antes de los conquistadores, surge el problema que muchos indígenas, también han sido

conquistadores), complejidad (del término y de la realidad indígena), generalización (de lo que significa ser indígena), generatividad (de la indigeneidad, viéndola como abierta y flexible). En cuanto a resumen, la contribución de Pratt es convincente, ahora bien, si su objetivo fue una síntesis, no lo logró. Y esto no es un problema de la autora, sino del libro.

El libro en su conjunto tiene la fortaleza de coleccionar contribuciones desde perspectivas diferentes, variando la temática de los capítulos, la región, los grupos humanos de los cuales se habla; parte de los autores son protagonistas o por lo menos pertenecen a los grupos sobre los cuales escriben. Desde esta perspectiva, el compendio puede ser entendido como fiel reflejo de la complejidad, de la heterogeneidad y de la procesualidad de la indigeneidad actual.

En oposición a la fortaleza señalada arriba existe una gran debilidad en el libro: no tiene un hilo conductor, no persigue un tema hasta agotarlo, hasta poder sacar conclusiones. No discute ningún tema tocado lo suficiente como para poder percibir, sí, su variedad pero, al final, tener un concepto más preciso. Hay poca reflexión entre los diferentes capítulos, cada uno es una isla. Lamentablemente, así se pierde parte de la riqueza que hubiera podido tener el libro y se pierde parte de la fortaleza de la cual hablamos. La única excepción de esta crítica son las contribuciones al tema 4, el cual en su conjunto es el mejor logrado de los 5 temas.

Concibiendo todas las contribuciones en la forma como se hizo en el tema 4, quizás se hubiera logrado esculpir mejor la procesualidad y la dependencia de procesos políticos y sociales en la tarea de forjar indigeneidad. Y, seguramente, se hubiera logrado esto tomando en cuenta la rica producción y larga discusión sobre etnicidad (y migración). Por no haber hecho ni lo uno ni lo otro, el libro indudablemente tiene su valor por la cantidad y variedad de temas y autores que contribuyen, pero en parte es más una cantera que servirá para futuros trabajos y menos una contribución en la fundamentación teórica de la indigeneidad.

Harald Mossbrucker

DeHart, Monica C.: *Ethnic Entrepreneurs. Identity and Development Politics in Latin America.* Stanford: Stanford University Press, 2010. 192 pp. ISBN: 978-0-8047-6934-1. Price: \$ 21.95

In a place like Guatemala, the role of ethnic entrepreneur makes perfectly good sense, just as it would elsewhere in Mesoamerican and, even, Andean regions that have large indigenous populations. In such areas of Latin America, ethnic identity has long played an important factor in the economy and has long been significant factor in economic development. Ethnic identity in relation to politics in these regions has been a major focus of social science, especially anthropological research for decades, but surprising little research has been conducted on the relationship between ethnic identity and economy.

Aside from some research on tourism, particularly ethnic tourism, ethnicity, economic practices, and development have not been a concern to Latin American-oriented